

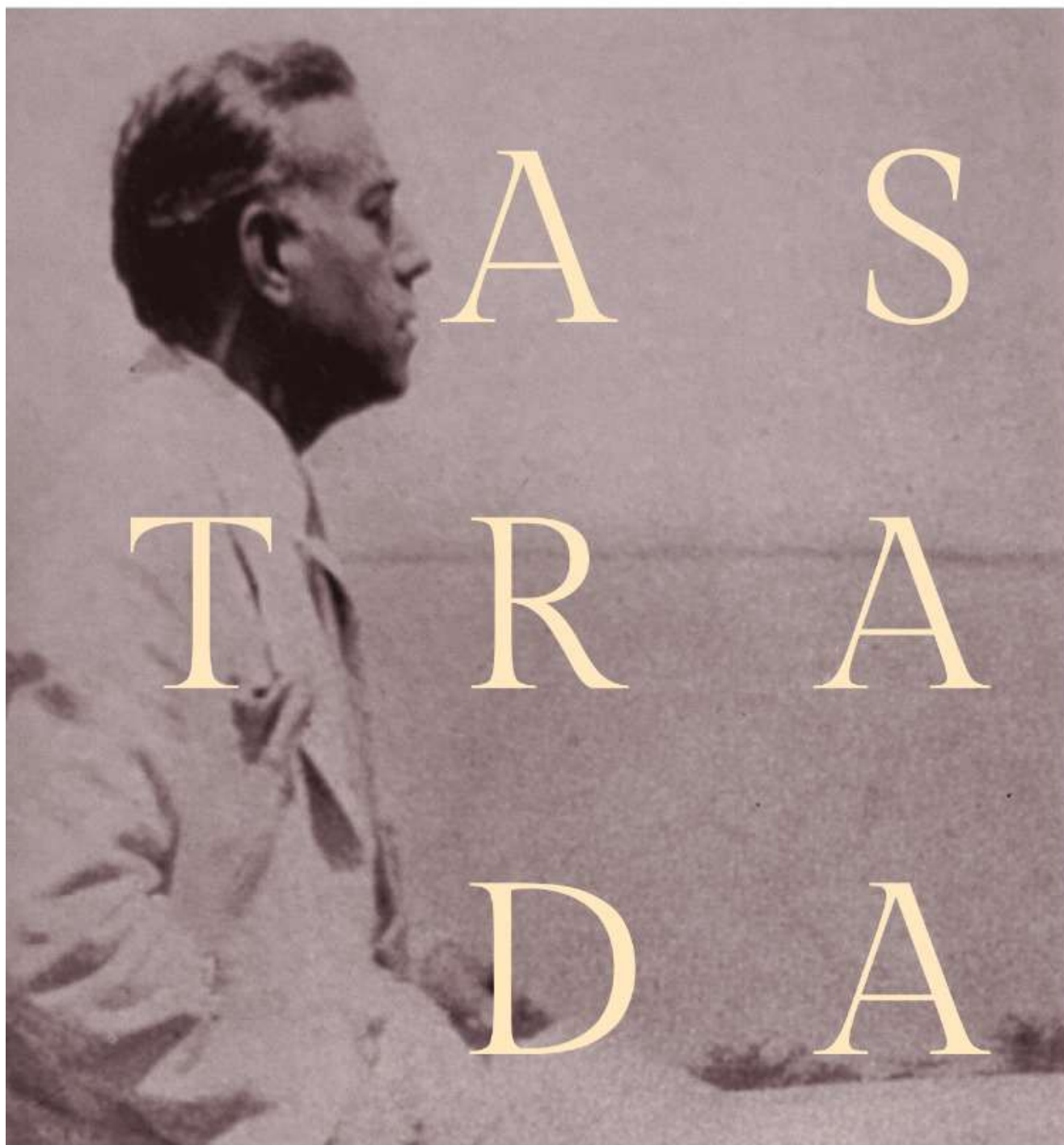
# EPISTOLARIO

Carlos Astrada

Tomo I  
1907-1947

Prólogo, selección y notas: Martín Prestía





## **EPISTOLARIO**

Carlos Astrada

Tomo II  
1947-1970

Prólogo, selección y notas: Martín Prestía



# Epistolario

Carlos Astrada

Tomo I  
1907-1947

Prólogo, selección y notas:  
Martín Prestía

Astrada, Carlos

Epistolario : 1907-1947 / Carlos Astrada ; compilación de Martín Prestía ; prólogo de Martín Prestía. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2022.  
v. 1, 360 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN tomo I: 978-987-728-143-9

ISBN obra completa: 978-987-728-142-2

1. Correspondencia. 2. Filosofía Contemporánea. 3. Filosofía Existencial. I. Prestía, Martín, comp. II. Título.  
CDD 199.82

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

**Dirección:** Juan Sasturain

**Subdirección:** Elsa Rapetti

**Coordinación de Publicaciones:** Sebastián Scolnik

**Producción y diseño editorial:** Ediciones BN

Traducción del italiano y del portugués: Guillermo David

Traducción del alemán: Facundo Bey y Clara Ruvituso

La cita en solapa corresponde al libro *El juego existencial*, de Carlos Astrada (Buenos Aires, Babel, 1933, pp. 32-33).

© 2022, Biblioteca Nacional  
Agüero 2502 (C1425EID)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
[www.bn.gov.ar](http://www.bn.gov.ar)

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

# Índice

## **Tomo I**

Prólogo, por Martín Prestía	7
I. 1907-1927	31
II. 1927-1931	69
III. 1931-1935	211
IV. 1936-1947	253

## **Tomo II**

V. 1947-1953	367
VI. 1956-1970	533
Apéndice biográfico de los corresponsales	687
Bibliografía	753
Índice onomástico	757



# Prólogo

Por Martín Prestía

La edición de un epistolario aspira, ante todo, a recoger ciertos trazos biográficos dispersos; a esclarecer una serie de redes —personales, institucionales, culturales, políticas— que una persona desarrolla y en las cuales se inserta; a poder entrever sus afanes íntimos —más o menos elevados, más o menos pedestres—, sus preocupaciones recurrentes e incluso ciertos caracteres psicológicos, con la intención de expandir o precisar la imagen de un individuo o grupo, que siempre —y necesariamente— desborda su producción y actuación públicas. Una pequeña esquelera, por nimia que parezca, puede convertirse en la llave de acceso a una dimensión intransitada de una biografía. Con ello, la narración de una trayectoria —la imagen cincelada de una vida— gana inevitablemente en espesor y riqueza.

En el caso de un epistolario como el presente, cuyo principal *dramatis persona* es un filósofo, las misivas de carácter personal y las de perfil institucional se entremezclan con aquellas que discurren sobre el propio terreno filosófico: intercambios destinados a establecer el alcance de algunas ideas, la precisión de un punto de vista, la diatriba en torno a una posición. Desde esa perspectiva, la correspondencia presenta pliegues, matices, que permiten una mejor elucidación de aquello que el filósofo ha afirmado o negado en sus escritos destinados a la discusión pública.

Por otra parte, el epistolario de un filósofo puede contribuir a la investigación del lugar que ocupa en el ámbito de la

disciplina filosófica, en este caso argentina, y por las relaciones de esta con el contexto europeo y latinoamericano. Una cuidadosa lectura de las misivas enviadas y recibidas por Carlos Astrada sin duda permitirá encontrar elementos para precisar su trayectoria académica, y brindará aportes a los estudios sobre el proceso de profesionalización de la filosofía en el país, del cual fue uno de sus protagonistas centrales.

En una perspectiva más amplia, el presente *Epistolario* se enhebra a una indagación que intenta desentrañar el sentido de una obra sin olvidar los retazos del sustrato personal en que enraíza. Palpita en muchas de las cartas el hondo latido filosófico que atravesó toda la vida de Carlos Astrada. La filosofía, tarea dada al ser humano como una de sus libres posibilidades, con el hilo conductor de su autoclarificación histórica, no aparece —no puede aparecer— desgajada de la vivencia. Ella traza el perfil de una meditación que tiende a la universalidad, que es por principio su aspiración y su anhelo.

### **Procedencia de las cartas y criterios de selección y edición**

Al morir Carlos Astrada, su biblioteca y papeles personales quedaron al celoso cuidado de Rainer Horacio, su hijo, quien asumió la herencia como un destino y dedicó buena parte de su vida a mantener viva la memoria del padre, publicando sus más importantes obras, algunos escritos que habían quedado inéditos y trazando proyectos de futuras reediciones de varias piezas destacadas de su producción.

Tras la muerte de Rainer, en 2001, aquel legado —que acumulaba ya el de varias generaciones de humanistas, él incluido— sufrió algunas desventuras, más bien prosaicas, que no cabe ahora mencionar. Entre los libros y papeles amontonados se contaban varios folios con cartas, la mayoría de ellas seleccionadas y mecanografiadas por el propio Rainer, quien



había concebido un *Epistolario* como el último de los tomos de la *Obra Completa* de su padre, proyecto que no llegó a ver la luz. Armando Vites, librero anticuario radicado en Rosario, adquirió una parte de aquella biblioteca, entre cuyos volúmenes se encontraban las esquelas mentadas. Vites prestó esa correspondencia a Guillermo David, quien la utilizó como fuente para su *Carlos Astrada. La filosofía argentina* (2004), lectura ineludible y ya clásica sobre el filósofo nacido en Córdoba. Aquellos duplicados —de acceso público hace varios años en el Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF)— son el principal material de la presente selección. Se la ha completado con algunas cartas de Macedonio Fernández, tomadas del *Epistolario* preparado por Alicia Borinsky y editado por Corregidor como el volumen II de sus *Obras Completas*. También se ha incorporado la correspondencia mantenida con Samuel Glusberg, gentilmente cedida a Guillermo David por Horacio Tarcus, y que actualmente puede consultarse en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI). Se ha incluido una carta de Astrada enviada a Marcos Fingerit el 17 de enero de 1950, que se encuentra en el Centro de Documentación e Investigación acerca del Peronismo (CEDINPE), amablemente facilitada por Darío Pulfer. Por último, se han incluido dos cartas y siete postales enviadas por Astrada a Manuel Rodeiro, que fueron proporcionadas por Luis y Matías Rodeiro, hijo y nieto, respectivamente.

Una buena parte de las cartas aquí recogidas era ya conocida por los estudiosos de Astrada y de la filosofía argentina, siquiera en sus trazos principales. Por un lado, fueron parcialmente reproducidas y comentadas por Guillermo David en su libro citado, y por Clara Ruvituso en su *Diálogos existenciales. La filosofía alemana en la Argentina peronista (1946-1955)*, de 2015, que tiene como uno de sus principales ejes el

análisis del Primer Congreso Nacional de Filosofía de 1949, del que Astrada fue uno de los más destacados organizadores y protagonistas. Por otro, David había publicado algunas cartas relevantes en diferentes revistas, que ahora vuelven a editarse en la presente selección: en *Políticas de la Memoria* (nro. 4, 2004) presentó una selección de veintisiete cartas pertenecientes al último tramo de la vida de Astrada; en *La Biblioteca* (año I, nro. 2-3, invierno de 2005), como parte de un artículo titulado “A la voz de aura: para una imagen de Luis Juan Guerrero”, recogió una célebre carta enviada por Luis Juan Guerrero en diciembre de 1927 —en que comunica a Astrada la edición de *Sein und Zeit* y lo impele a leerlo—; y en *En Ciernes* (año I, nro. 2, 2011) recogió cinco cartas del período 1949-1952, cuyos corresponsales son Ernesto Grassi, Ludwig Landgrebe y Wilhelm Szilasi.

Los criterios seguidos para la presente selección —que supera las quinientas cartas— son los siguientes. En primer lugar, se ha intentado la mayor exhaustividad posible: las cartas que han quedado fuera de esta edición son muy pocas en relación con el *corpus* total. Entre las misivas no incluidas se cuentan: aquellas que son de carácter estrictamente formal, y que fueron enviadas a Astrada en su calidad de representante de una cátedra o institución; las que, siendo de carácter estrictamente personal, no arrojan datos relevantes o novedosos sobre su trayectoria; las que, por ser parte de un intercambio asiduo, incurren en reiteraciones. En segundo lugar, se han colocado, en notas a pie de página, las referencias bibliográficas que completan los textos citados en las esquelas. Ciertas referencias se repiten a lo largo del *Epistolario*, para que el lector pueda identificar rápidamente las obras aludidas. Cuando se trata de textos publicados en revistas o periódicos hemos indicado, en la medida de nuestras posibilidades, ediciones recientes, que facilitan su

cotejo al interesado. También se han colocado como notas a pie de página informaciones adicionales que pueden resultar relevantes: aclaraciones sobre nombres mencionados y sus trayectorias; traducciones de términos o frases que en el original aparecen en idioma extranjero; cartas aludidas que se han extraviado o que no figuraban entre las conservadas por Rainer; datos biográficos de Astrada que permiten una mejor comprensión de aquello que se menciona en las misivas; remisiones a pasajes de la obra astradiana que guardan vínculos con lo escrito en la correspondencia. En tercer lugar, se han traducido todas las cartas escritas en otros idiomas: alemán, portugués, italiano y francés, con una aclaración en nota a pie de página que indica el idioma original. Por último, se reproduce en cursivas lo que en las cartas aparece subrayado, los títulos de los libros y las palabras extranjeras.

Cabe destacar que, una vez realizada la selección, las cartas han sido reproducidas en su totalidad; las indicaciones de que algún pasaje no ha sido transcrito pertenecen a Rainer —lo que aparece del siguiente modo: [...]—. Algunas notas aclaratorias también son obra de Rainer, y así se señala en cada caso.

En cuanto al orden del *Epistolario*, se ha elegido un criterio cronológico.

Un apartado final presenta una breve biografía de la mayor parte de los corresponsales, elaborada con el propósito de ofrecer al lector los datos más relevantes: pertenencia institucional, trayectoria profesional, principal ocupación y la mención de obras o escritos destacados. Al confeccionar esas pequeñas hojas de vida, no se ha pretendido la exhaustividad, y se han destacado los acontecimientos que vinculan a cada interlocutor con Astrada; por tal razón, alguna dimensión de sus trayectorias puede haber quedado minimizada o sobredimensionada ante los ojos del especialista.

## El filósofo en sus cartas

La mayor parte de la bibliografía crítica en torno a Carlos Astrada propone o admite tácitamente la existencia de tres períodos en su obra. El primero de ellos, “juvenil”, se extiende entre los años 1916 y 1927, esto es, desde el primer texto conocido del autor, “Unamuno y el cientificismo argentino”, hasta su viaje a Alemania a raíz de la obtención de una beca por el ensayo “El problema epistemológico en la filosofía actual”, que cifra su aproximación a la fenomenología y, más específicamente, a Max Scheler, a quien se vincula en las aulas de la Universidad de Colonia. Desde el punto de vista filosófico, el período juvenil se caracteriza por el predominio de las lecturas asociadas a la sensibilidad “vitalista”. En su estadía europea, hasta agosto de 1931, se produce el encuentro determinante con el pensamiento de Martin Heidegger, que en 1927 publica *Sein und Zeit*, su obra señera, y a cuyos cursos Astrada asiste. Se abre con ello el período de “madurez”, caracterizado por un pasaje definitivo hacia la fenomenología y la apropiación creativa de la filosofía “existencial”, con una marcada proyección práctico-política y un fuerte acento en las expresiones de la vida histórico-fáctica. Su libro *La revolución existencialista* (1952), finalmente, oficia de bisagra entre los períodos maduro y “tardío”. Este último —que se extiende hasta su muerte, en 1970— se caracteriza por un pronunciado viraje hacia la dialéctica hegel-marxiana, que Astrada pone en diálogo con su formación previa.

La selección de cartas está dividida en seis apartados. El primero y el último coinciden, de modo aproximado, con los períodos juvenil y tardío propuestos; los otros cuatro cubren el largo período maduro, con sus notas específicas.

El primero reúne esquelas que van desde abril de 1907 a junio de 1927. Su nota central es la correspondencia con su padre, Carmen Horacio Astrada, quien acompaña al hijo en

sus tramos formativos inaugurales. La primera carta finaliza con una nota que sorprende por cuanto tiene de premonitoria a los ojos de quien ha podido ver el hilo de la vida del filósofo completamente desplegado: “Olvidaba contarle que a Schmiedecke lo obligaron a abandonar las cátedras que tenía en la Universidad, porque escribe en *La Verdad*”. Un jovencísimo Astrada —tiene solo trece años— anticipa, así, una de las dimensiones que atravesará en futuras estaciones de su periplo, y que compete al pensamiento que se sabe y asume situado, político: la relación —con visos trágicos— entre el intelectual y las varias intersecciones del espacio público.

En este apartado se destacan las cartas que recibe de Héctor Pascale, joven malgrado tempranamente, que colaboró en su primera formación. En las pocas misivas conservadas, enviadas entre mediados de 1913 y fines de 1914, se adivinan algunos de los temas que desvelan al Astrada juvenil, que comenzará a publicar tan solo unos años después: la distancia abierta entre “civilización material” y “cultura espiritual”, con la sutileza de advertir que ambas dimensiones no pueden separarse de manera radical —¿no encontramos en ello una de las claves de toda la trayectoria intelectual de Astrada?—; la irreiterable singularidad de la vida, inaprensable en concepto, norma o ley; la inhibición de la acción como resultado de la hipóstasis de la racionalidad analítica —tema predilecto de “Obermann”, ensayo astradiano de 1918. Pascale también ofrece a su joven interlocutor lo que podríamos llamar una “ética de la formación”, que Astrada incorporará, y que impele a la ardua tarea del estudio, paciente y riguroso, como medio propicio en que la creación verdadera puede manifestarse.

En la correspondencia familiar de estos años se registran menciones a Saúl Taborda, los hermanos Deodoro y Héctor

Roca, Manuel Rodríguez y Ceferino Garzón Maceda —a quien llaman cariñosamente “Pirucho”—: nombres asociados a la Reforma Universitaria de Córdoba, de la cual Astrada fue uno de sus protagonistas. En ese marco, se destacan las cartas con sus padres y hermanas, enviadas y recibidas en La Plata hacia 1921: Astrada formó parte del plantel docente que acompañó a Saúl Taborda en su rectorado del Colegio Nacional, una de las notorias irradiaciones del reformismo, en su tendencia libertaria y romántica.

Entre julio de 1921 y mayo de 1927 contamos únicamente con una tarjeta postal enviada desde París por Luis Juan Guerrero, otro protagonista del movimiento estudiantil en La Plata —allí se habían conocido, precisamente— y, en general, de las transformaciones que iban teniendo lugar en el campo cultural y filosófico argentino, con el agotamiento del positivismo. Los años de ferviente producción juvenil, en que Astrada incorpora a numerosos autores de la amplia y difusa “sensibilidad vitalista” —de Unamuno a Spengler, pasando por Kierkegaard, Simmel, Bergson, Eucken, Ortega y Gasset, D’Ors, Alomar, García Morente, entre otros—, han quedado por entero fuera de registro.

Además de las misivas de junio de 1927 en que Astrada comunica a sus padres que ha iniciado con éxito su viaje a Europa, se cuentan aquellas que, en mayo de ese mismo año, recibe de Leopoldo Hurtado y Humberto Díaz Casanueva —destacado poeta chileno con quien mantendrá una relación epistolar en la década siguiente—. Esos nombres sintetizan, para la presente selección, la activa participación de Astrada en la red de revistas y empresas culturales “vanguardistas”, que encarnó con la fundación y dirección de *Clarín*, la celebración de la *Revista Oral* en Córdoba, y la colaboración en varias publicaciones afines de la época, entre las que se destacan *Inicial* y *Martín Fierro*.

El segundo apartado reúne las cartas que Astrada envía y recibe en su estadía europea, desde agosto de 1927 hasta abril de 1931, cuatro meses antes de retornar al país. Sus correspondientes son, mayormente, sus padres y hermanas, aunque también algunos amigos cercanos asociados al movimiento juvenil cordobés, como Manuel Rodeiro. Aquí quedan recogidas sus ricas impresiones de viaje, con anotaciones sobre la vida cotidiana, las costumbres y la situación social y económica de Alemania, pero también de algunos de los países que visita en los tiempos de receso que ofrecen los cursos universitarios: Italia, Suiza, Bélgica, Austria. Se destacan los pareceres sobre las novedades filosóficas que el joven estudiante cosecha dentro y fuera de los claustros europeos, con el foco colocado en Scheler, Husserl y Heidegger. Con ellos traza, además, una relación de intimidad, que puede advertirse en el modo en que refiere a ellos en varias de las misivas seleccionadas.

Protagonista privilegiado del proceso de profesionalización de la filosofía argentina, Astrada comienza a posicionarse como un destacado introductor de la filosofía heideggeriana, a la que imprimirá personal sello. Sus trabajos publicados desde 1928 constituyen los primeros registros, en el ámbito cultural hispanoparlante, de la verdadera revolución teórica que comenzaba a trazarse al compás de la analítica existencial. En esa clave, las cartas de este período muestran también al aventajado filósofo que lanza sus dardos contra el ambiente intelectual argentino, al que considera yermo.

También sus viejos compañeros reformistas caen bajo la crítica. En una carta enviada a su padre el 2 de julio de 1929 afirma: "... veo que mis escasos amigos (singularmente Tabora) pierden su tiempo en la estéril y tonta gresca universitaria. Me he desinteresado completamente de esas cosas, precisamente porque mi interés espiritual se ha centrado y se

orienta a lo esencial”. Esta impugnación de su pasado reformista hallará cauce en “Fundación, no Reforma”, discurso pronunciado a su regreso al país, en 1932, con motivo de los catorce años de la gesta estudiantil nacida en Córdoba, y que Astrada elegirá abrir con tono mordaz: “Yo no vengo esta noche a hablaros de la ‘reforma universitaria’. Y esto, por la sencilla razón de que no creo que se pueda reformar algo que jamás haya existido: la sedicente Universidad argentina”.

En las cartas de esta sección quedan también las notas de su romance con Catalina Cornelia Heinrich, la joven alemana con quien se casará en julio de 1928. Aún radicados en Europa, Carlos e “Ine” —como cariñosamente llama a su compañera, a quien dedica *El juego existencial*, su primer libro, en 1933— tendrán dos hijos: Rainer Horacio, nacido en febrero de 1929, y Etelvina Cornelia, en julio de 1930. Con el correr de los años, ambos hijos, filósofo y poetisa, se convertirán en dos de sus más importantes corresponsales.

Astrada regresa a Argentina con su esposa e hijos en agosto de 1931, arrastrado por las condiciones económicas desfavorables que signaron toda su estadía europea, y que no dejarán de retornar, como un prosaico espectro, durante el resto de su vida. Ello se expresa en numerosas cartas familiares en que la preocupación económica es protagonista.

Las credenciales obtenidas en el viejo continente no le alcanzarán para colmar su aspiración de lograr una cátedra en Córdoba. Tras perder un concurso para estar al frente de la asignatura Lógica y Moral de la Universidad Nacional ante Nimio de Anquín —filósofo de orientación tomista que había sido favorecido con la misma beca que Astrada, y que había viajado a Alemania a estudiar con Ernst Cassirer—, Astrada se radica en Rosario. Allí asume la dirección del Reformatorio de Menores en agosto de 1932, designado a partir de un



decreto del Poder Ejecutivo provincial. En su paso por aquella ciudad dirige también la sección de Cursos y Conferencias del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, y dicta una serie de conferencias en la misma Universidad y en diversos ateneos y espacios culturales. El tercer apartado, que recoge la estancia rosarina de nuestro autor, se extiende entre noviembre de 1931 y diciembre de 1935, cuando Astrada es destituido del Reformatorio y debe trasladarse con su familia a Calamuchita, en el sur de Córdoba.

Para comprender la radicación de Astrada en Rosario hay que considerar su participación en la Alianza Civil y sus vínculos con el Partido Demócrata Progresista. Nuestro filósofo aparece como uno de los firmantes de la Declaración de Principios de la Alianza Civil, emitida el 2 de septiembre de 1931, e integra su Comité Ejecutivo Provisorio junto a buena parte de sus compañeros reformistas: Taborda, Roca, Garzón Maceda, Antonio Navarro y Alfredo Orgaz, entre otros. Más tarde, Astrada es designado como secretario general, y el Comité Ejecutivo definitivo queda compuesto por Roca, Garzón Maceda y Enrique Barros. Resultado de una asociación entre el Partido Socialista y el Partido Demócrata Progresista, la Alianza Civil promovía la candidatura de Nicolás Repetto (presidente) y Lisandro de la Torre (vicepresidente) en las elecciones celebradas el 8 de noviembre de 1931 que, atravesadas por el fraude que signará toda la década, darán como vencedor al general Agustín P. Justo. La Alianza Civil se disolvió con las derrotas electorales. Cabe recordar también que Ismael Bordabehere —hermano de Enzo, quien algunos años después será asesinado en el Senado, mientras tenían lugar las denuncias de Lisandro de la Torre al Pacto Roca-Runciman— había sido un dirigente estudiantil relevante en la Reforma cordobesa, con posiciones cercanas a las de Astrada.

En 1933 Astrada publica *El juego existencial*. De las gestiones para esa edición, que marca un hito en su trayectoria intelectual, queda el registro de un rico puñado de cartas enviadas a Samuel Glusberg, quien propiciará también su participación en la revista *Trapalanda*.

En el tercer apartado queda también recogido un acontecimiento de especial relevancia a nivel personal para el autor: el fallecimiento de su madre, Etelevina Álvarez, en septiembre de 1932. Las cartas en que manifiesta sus condolencias a su padre y sus hermanas, y las que escribirá en los años subsiguientes, recordando esa fecha, son páginas de sentida emoción, en que el tema de la finitud —tantas veces transitado por el filósofo: desde la congoja mística de Unamuno por nuestra condición mortal y las reflexiones epicúreas de Guyau ante el temor de la muerte, hasta la asunción de la muerte propia, pedida por Rilke como acicate de un imperativo ético, pasando por las intuiciones filosóficas de Simmel que anuncian el sutil análisis ontológico de Heidegger— se hace presente despojado de la mediación que otorga la publicidad. Esas esquelas hacen juego con la que envió a Ceferino Garzón Maceda y Saúl Taborda el 21 de mayo de 1928, con motivo de la muerte de Max Scheler, y con la que recibe de Manuela Cabral a propósito del fallecimiento de Andrés Terzaga, su marido, sobre quien Astrada ensayó un conmovedor responso que publicó *La Vida Literaria*, en junio de 1932. Páginas de hondo dramatismo en que se rinde homenaje al que ha partido; hay que leerlas en cotejo con el breve artículo dedicado a Scheler de mayo de 1928, en el que Astrada confiesa ante sus lectores: “... quisiéramos aducir un recuerdo personal, pero redobla nuestra emoción porque aún conserva nuestra mano el calor de la suya y vemos sus ojos claros y buenos, cristal de magnífica corriente en cuyo generoso fluir el pensamiento y la vida se realzaron en sus ritmos más bellos y profundos”.

La cuarta sección, que va de marzo de 1936 a enero de 1947, reúne las cartas del período en que la profesionalización de nuestro autor avanza meteóricamente, lo que se plasma en una sostenida producción escrita y actividad docente. El 6 de noviembre de 1935 es designado profesor adjunto de Filosofía Moderna y Contemporánea en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, cargo que desempeñará desde el año siguiente y hasta 1947. En 1937 ingresa en la cátedra de Ética en la Universidad Nacional de La Plata, que también ocupará hasta 1947. Finalmente, obtiene la cátedra de Lógica y Psicología en el Colegio Nacional de Buenos Aires, que tendrá a su cargo entre 1939 y 1948. De 1936 es, además, su segundo libro, *Idealismo fenomenológico y metafísica existencial*, pormenorizada recensión de las posiciones de Edmund Husserl y Martin Heidegger. En 1938 publica *La ética formal y los valores*, que obtendrá el Premio Nacional de Filosofía en 1940. En 1942 lanza *El juego metafísico* y, al año siguiente, *Temporalidad*, libros en que recoge y amplía varios escritos de años anteriores. En 1945, finalmente, sale a la luz *Nietzsche, profeta de una edad trágica*, personal interpretación de la obra y vida del filósofo alemán, en la que destaca las proyecciones ético-políticas de su filosofía. Además de estos libros, Astrada publica numerosos artículos en revistas y periódicos, dicta cursos y seminarios y pronuncia varias conferencias radiofónicas.

Pese a las características de la mayor parte de la producción de estos años —cuya nota distintiva es el rigor conceptual y su orientación es, principalmente, técnica—, Astrada no se ha apartado de la actuación pública ni ha renunciado, mucho menos, a meditar en torno a la ligazón existente entre filosofía, ética y política. Hacia fines de la década de 1930 y comienzos de la de 1940 llevará adelante una importante actividad

de “militancia” nacionalista, integrando círculos, publicaciones periódicas, revistas y diversos espacios de difusión y formación, de carácter mayormente cultural. Llegará incluso a publicar varios artículos, y a firmar proclamas y manifiestos reclamando la neutralidad en la Segunda Guerra Mundial y exigiendo la “defensa de la soberanía” frente al avance de las posiciones norteamericanas, que hallaban eco en el ámbito local. Astrada puede encuadrarse, con sus notas distintivas, en el nacionalismo popular de tendencia antiimperialista y revolucionaria. Este período lo encuentra compartiendo espacios con numerosos intelectuales del variopinto ámbito nacionalista: autores del revisionismo histórico de tendencia hispanista y rosista, pensadores del tradicionalismo católico y conservadores de acusada tendencia antipopular.

Por sus cercanías hacia Heidegger y su compromiso político con el nacionalismo neutralista, Astrada será acusado de “nazi” por miembros del Partido Comunista, con varios artículos en su contra publicados en el periódico *Orientación*. Sufrirá también la interrupción de su curso inaugural en la Universidad de Buenos Aires, en el primer semestre de 1942, bajo similares denuncias. Figura entre las cartas del período una muy relevante, un descargo ante ese episodio remitido a Emilio Ravignani, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Además del cargo que ocupaba en la Universidad, Ravignani era miembro de “Acción Argentina”, una organización creada el 5 de junio de 1940 con el fin de presionar por el ingreso de la Argentina a la guerra en el bando aliado, integrada, entre otros, por Federico Pinedo, Victoria Ocampo, Julio A. Noble, Américo Ghioldi, Nicolás Repetto, Alicia Moreau de Justo y Marcelo T. de Alvear.

De estos años son también sus primeros textos y anotaciones sobre la “fenomenología del paisaje”, que anudará a su

indagación en torno a la cuestión nacional. En una significativa carta enviada a Glusberg el 6 de agosto de 1933 —en la que elogia a *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada— afirma: “Hace tiempo que me preocupa el problema de la ‘existencia pampeana’. Medito un esquema desde el punto de vista existencial”. Ello se expresará en un artículo de 1934 titulado, precisamente, “La existencia pampeana”, versión preliminar de “Para una metafísica de la pampa”, publicado cuatro años después. Ya en junio de 1932, en el breve texto en homenaje a Terzaga apuntado anteriormente, Astrada había colocado una advertencia sobre la “terrible y devoradora soledad de nuestra pampa, donde el hombre, aislado con su fervor, es, más que almenada irradiación espiritual, indefensa partícula de cosmos, liberada a las fuerzas destructoras de la intemperie física y moral”. En 1935 escribirá “Meditación de Rumipal”, ensayo en que la vivencia subjetiva de la enajenación en el paisaje remite a las líneas esenciales de su caracterización de la existencia argentina, que decantará en *El mito gaucho* (1948) y *Tierra y figura* (1963).

Todos estos textos y reflexiones, que pueden encuadrarse en el marco general de los “ensayos de caracterización del ser nacional”, tan en boga por estos años, se enlazan, más profundamente, a una particular lectura de la analítica heideggeriana que enfatiza la dimensión de la espacialidad como uno de los caracteres ontológicos del *Dasein* —como esbozará significativamente en su polémica con Ernesto Grassi de 1949, de la cual pueden advertirse algunos trazos en la selección de cartas aquí presentada. La “autocomprensión histórica” de un pueblo, la “conciencia de sí mismo y de su misión” —como dirá en *Tierra y figura*—, no se produce únicamente en relación a la historicidad, sino también en función de una ambientalidad característica, en un paisaje peculiar que condiciona todas

las objetivaciones culturales de una colectividad. La interesante carta de Julio Orione enviada en marzo de 1944, cuyo principal tema de discusión es el “espacio ambiente”, evidencia un diálogo continuo en torno a estos temas, y debe leerse en esta misma clave. En *El mito gaucho*, Astrada recurre a su experiencia personal, que tematizará en sus alcances ontológicos: “cuando estábamos lejos del predio pampeano, a merced de la alucinación de las urbes europeas, nos acaecía que de pronto nos sentíamos dispersos, desamparados en una zona desértica, superpuesta, o mejor, infrapuesta por arte mágica al plano de nuestro comercio con los valores de la cultura europea [...]; nos sentíamos acometidos por una especie de discontinuidad interior, por un silencio emocional. Un silencio lleno de la sombra de noches lejanas. Era el enigma de la pampa, que viajaba a nuestra vera”. Lejos del paisaje natal, Astrada se descubre como lo que es: hombre de la pampa. Pero la pampa no es simplemente “el medio físico”, sino “pampa espiritual”, parte constitutiva de la “estructura ontológica” del ente humano argentino.

Hacia el final del cuarto apartado se incluyen algunas cartas que recogen los primeros signos de su entusiasmo por el movimiento popular en ciernes, y que luego serán activo compromiso: la carta de Norberto Silvetti Paz del 2 de marzo de 1946, en la que sobrevuela el tema de las elecciones y la esperada derrota de la Unión Democrática, y las esquelas enviadas a Catalina Heinrich sobre el viaje a Mar del Plata junto a Homero M. Guglielmini para dictar las conferencias sobre el *Martín Fierro*, que pocos años después integrarán *El mito gaucho*.

En 1947 fallece Carmen Horacio Astrada, su padre. A diferencia de lo que ocurre con su madre, no han quedado rastros del acontecimiento entre las cartas conservadas, y la última comunicación entre padre e hijo a la que hemos tenido acceso data del 26 de marzo de 1942.

La quinta sección, que se extiende desde febrero de 1947 a julio de 1953, registra un período de gran fecundidad en la vida de Astrada, con una serie de hitos bien conocidos de su trayectoria: la preparación del Primer Congreso Nacional de Filosofía, celebrado en Mendoza en 1949, donde tiene lugar la disputa entre posiciones filosóficas laicas y religiosas —en el marco de un intento por imprimir una línea cultural al gobierno, como puede verse en la correspondencia con García de Onrubia y Guglielmini—; la profusa actividad editorial que lleva adelante, a partir de 1947, desde la dirección del Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires —donde lanza *Cuadernos Filosóficos* y publica y traduce a numerosos colegas, nacionales e internacionales—; su viaje a Lima, en 1951, para participar del Congreso Internacional de Filosofía; las gestiones para su segundo viaje a Europa, hacia mediados de 1952, en el que será invitado a pronunciar varias conferencias en Roma, Turín, Friburgo, Heidelberg, Kiel, Essen, Hamburgo y Viena, y en el que se reencuentra con Heidegger. La proyección internacional de su figura es fortalecida por la publicación, en 1949, de su ensayo crítico “Über die Möglichkeit einer existenzial-geschichtlichen Praxis” —que aparece en el volumen colectivo en homenaje a los sesenta años de su maestro de Friburgo: *Martin Heidegger: Einfluss auf die Wissenschaften*, y en el que ya anuncia la que será su ruptura con el “segundo” Heidegger— y de “L’illusion transcendente comme origine de la metaphysique de l’infini”, que se imprime en las Actas del X Congreso Internacional de Filosofía de Ámsterdam, en el mismo año. En ese sentido, buena parte de las cartas que integran esta sección tiene como corresponsales a los filósofos que habían viajado a Mendoza y que luego colaborarán en las gestiones de su gira por el continente europeo —Grassi, Szilasi, Landgrebe, Gadamer, Abbagnano, Bollnow, von Uexküll—, pero también varios

filósofos latinoamericanos de destacada trayectoria —Miró Quesada, Washington Vita, Gutiérrez Girardot—; con todos ellos intercambia libros y artículos que reseña o hace publicar en los *Cuadernos*, e incluso proyecta traducciones de sus obras al inglés y al alemán, que finalmente no verán la luz.

Aquí queda también el registro, a partir de una carta recibida por Jean Lafitte, de su Adhesión al Consejo Mundial por la Paz, hacia fines de 1952, que lo acerca al movimiento comunista y realza su autonomía intelectual en el marco de sus vínculos con el peronismo.

Entre el quinto y el sexto apartados, el archivo muestra un singular punto ciego: significativamente no se ha conservado ninguna carta del período que va desde julio de 1953 a febrero de 1956, ni siquiera de carácter personal. Su acusado pasaje hacia el hegel-marxismo, ya perfilado en *La revolución existencialista* de 1952; su alejamiento del peronismo, derrocado en septiembre de 1955 por un golpe cívico-militar; su acercamiento al Partido Comunista y las gestiones para su viaje a la Unión Soviética de 1956; todo ello queda, en lo que respecta al registro epistolar, en la penumbra.

El apartado final comprende el período que va de febrero de 1956 a septiembre de 1970. Aquí quedan recogidos el tercer y último viaje a Europa, en 1956, los dos viajes a la Unión Soviética, en 1956 y 1960, y el viaje a China, en 1960. Es el período en que Astrada, cesanteado de sus cátedras por el golpe de 1955 y retirado definitivamente de la actividad docente —a excepción de su fugaz participación en la Universidad del Sur en 1959 y 1960, registrado en unas pocas cartas y menciones a Bahía Blanca—, proyecta su magisterio sobre algunos jóvenes intelectuales y políticos de gran prestigio y heterogénea trayectoria, entre los que destacan Raúl Sciarretta, Alfredo Llanos, Mario Roberto Santucho, Rodolfo Mario Agoglia,



Juan Carlos Martini, Rodolfo Kusch, Arturo García Astrada —su sobrino—, Emilio Terzaga —esposo en segundas nupcias de Etelvina Cornelia Astrada—, Álvaro Vieira Pinto y Cid Silveira. Esta última sección del *Epistolario* —conocida en sus líneas esenciales por la selección publicada por Guillermo David en *Políticas de la Memoria*— coincide, a nivel filosófico, con sus críticas más radicales a Heidegger y su paso definitivo al marxismo, que se expresa en algunas cartas con Washington Vita, Vieira Pinto y Ángel Jorge Casares. En esa misma clave, durante estos años traza también algunos vínculos con intelectuales europeos motivados por la reelaboración de la dialéctica hegeliano-marxista, como puede advertirse en la correspondencia con Zdeněk Kouřim y Joseph Gabel.

Los últimos años de vida de Astrada están signados por una intensa actividad intelectual, que cristaliza en numerosas obras dedicadas a la profundización de los problemas abiertos por la dialéctica y su prospección histórica, a saber: *Hegel y la dialéctica* (1956), *El marxismo y las escatologías* (1957), *Marx y Hegel. Trabajo y alienación en la Fenomenología y en los Manuscritos* (1958), *Humanismo y dialéctica de la libertad* (1960), *Dialéctica y positivismo lógico* (1961), *La doble faz de la dialéctica* (1962), *Fenomenología y praxis* (1967), *La génesis de la dialéctica* (1968) y *Dialéctica e historia* (1969). El inevitable ademán de balance y revisión sobre los pasos trazados —que trasunta la certeza de que la parábola vital ha comenzado a cerrar su curva— se plasma en la reedición de varios de sus libros previos, con numerosas modificaciones y ajustes: *Nietzsche y la crisis del irracionalismo* (1961), *Existencialismo y crisis de la filosofía* (1963), *El mito gaucho* (1964) y *Martin Heidegger. De la analítica ontológica a la dimensión dialéctica* (1970). En esa misma clave, en 1963 publica *Tierra y figura* y *Ensayos filosóficos*, libros en que compila varios trabajos de años anteriores.

Muchas de las cartas reunidas en el último apartado están teñidas de una tonalidad indudablemente elegíaca. Es destacable, a tal respecto, la carta escrita a su hija a comienzos de mayo de 1970, en que le propone que inicie las gestiones para intentar vender su biblioteca a la Universidad de Río Cuarto, proyecto que quedará trunco. La esquila traza, con pormenorizado detalle, a modo de inventario, algunas de las ediciones más destacadas que poseía. “Antes de irme quiero dejarles algo”, confiesa. También a su hija le había escrito ocho años antes: “navego a redrotiempo, pero mi juventud me hace viajar hacia el futuro [...]. Estoy seguro de que comprenderás esta verdad: el hombre nace viejo (biólogicamente joven) y con el tiempo va conquistando su juventud, hasta que *desnace* y se vuelve eternamente joven (con la muerte)”.

La órbita vital de Astrada se cierra el 23 de diciembre de 1970. Coronan la selección tres sentidas cartas enviadas a Rainer a raíz de ese suceso, firmadas por Arturo Horacio Ghida, Álvaro Vieira Pinto y Norberto Silvetti Paz. Con los matices del caso, los tres corresponsales reconocen en Astrada a un pensador original, a un filósofo de auténtica inspiración creadora. Vieira Pinto destaca, también, su “fecundidad” y capacidad “prospectiva”, que le habrían permitido “sembrar” la vocación filosófica en otros espíritus, obsesivos, como él, por ver realizada una humanidad mejor. En el prólogo a *Tierra y figura* (1963) Astrada afirma: “al cerrarse su ciclo vital, todos los seres humanos quedan nivelados por la tierra en un olvido tan remoto que, con relación a esta, desemboca en lo inmemorial, en que ya no cuenta el tiempo [...]. Lo que arranca a los hombres, así como a linajes y estirpes, de esta igualación en el olvido de la tierra que los acoge, de esta nivelación intemporal del *desnacer*, es —en la medida en que ellos han sido de algún modo ejemplares o han aportado algo relevante al acervo de la humanidad— la historia

que, de acuerdo a su escala epocal, los sitúa en diferentes trechos, y valorativamente signados, en el devenir de los tiempos”. Es mi afán que el presente *Epistolario* colabore, en el limitado ámbito de sus posibilidades, en aquella tarea de la historia, que es siempre y necesariamente un valorar sobre lo que hemos heredado, en miras de un porvenir.

### **Agradecimientos**

A Guillermo David, por confiarme la tarea y responsabilidad de preparar este libro. A Clara Ruvituso y Facundo Bey, por sus precisas traducciones y agudos comentarios durante el proceso de selección de cartas. A Guillermo Korn, por su desinteresada e invaluable ayuda para la finalización del apéndice biográfico. A María Pia López, por el apoyo brindado a la presente investigación. A Luis y Matías Rodeiro, por facilitarme las cartas que pertenecían al archivo de su abuelo, Manuel. A todos los que proporcionaron alguna información útil para la investigación, especialmente Marcelo Melitsko y Julio Orione. A Frederik Kahl Benlloch, por su inestimable ayuda a la hora de transcribir algunos manuscritos en alemán. A mis padres, María Inés Fernández y Alberto Luis Prestía, por su constante e incondicional aliento.